

Este tomó su sombrero de sobre la mesa.

—¡Os vais! dijo con ánsia don Rodrigo.

—Pues no; ¿hemos de estar hablando eternamente de esto? Ya es bien por la tarde, mi querido Santillana; me vuelvo á Valladolid, y quiero llegar temprano; que no están muy seguros en España los caminos, y no es prudente andar por ellos de noche; medítad lo que os conviene hacer en las circunstancias en que os encontrais, y pongamos punto redondo á nuestra conversacion. Si dentro de algunos dias quereis verme, buscadme en Valladolid ó en Madrid.

—Nos veremos, monseñor.

—Pues bien, hasta la vista. Adios.

—Esperad; voy á mostraros el camino.

El alcalde acompañó hasta la puerta á Aben-Shariar, y este montó en su caballo, que le tenia un criado.

Aben-Shariar y don Rodrigo se despidieron afable y cortésmente, como si nada hubiera pasado entre ellos, y el primero partió.

El alcalde permaneció en la puerta hasta que Aben-Shariar se perdió por una de las bocacalles de la plaza, y luego se metió para dentro murmurando:

—Estoy completamente atado por monseñor Pietro Mastta, y yo no creo, no puedo creer que le muevan á hacer lo que hace los veinte mil florines; ¡qué será esto, Dios mio, qué será!

## CAPITULO VII.

De cómo Gabriel de Espinosa pudo creer que estaba seguro en Madrigal.

### I.

Pasaron algunos dias sin que aconteciese nada notable.

Los alborotadores de la madrugada del 15 de Agosto continuaban en la cárcel presos por el alcalde Santillana, y éste preso en su casa por doña Ana de Austria.

La resolucion del rey tardaba, porque Felipe II cuidaba demasiado de los negocios, y tardaba mucho en sus resoluciones.

Fray Miguel de los Santos y Gabriel de Espinosa jamás se veian de una manera pública; pero se veian mucho en la casa de doña Ana de Austria, y decimos en la casa, porque doña Ana tenia más bien casa que celda.

## II.

Los amores de la ex-monja con Gabriel de Espinosa, habian crecido hasta tal punto que la más interesada porque los negocios que se traian entre manos se concluyesen, era doña Ana.

Se habia hecho de Gabriel de Espinosa en su imaginacion un fantasma soñado, embellecido con cuantas cualidades deseaba el hombre de su amor doña Ana.

Gabriel de Espinosa vacilaba entre la sublime abnegacion de Sayda Mirian y el apasionado amor de doña Ana.

Sayda Mirian habia llegado hasta el punto de consentir en ir á ver con su hija, y pasando por su nodriza, á doña Ana de Austria.

Gabriel de Espinosa, que temía que aquellas dos mujeres se viesen, habia apurado los pretextos para evitarlo; pero cuando vió que doña Ana empezaba á dudar, se vió precisado á ceder, y cuando volvió á su casa se encerró con Sayda Mirian, y la dijo:

—¿Habria algo en el mundo que tu no sacrificaras por mí, María?

—¡Ah, no, Gabriel! dijo Sayda Mirian; por tí todo: el corazón, la paz de mi alma, la vida, que es todo lo que me queda.

—Tú no debiste venir á Madrigal.

—Yo no podia separarme de tí; yo no podia vivir en la terrible ansiedad de lo que te aconteciese.

—Y haye, que vive de incógnito en Castilla, que ha

estado hace quince dias en el pueblo, que ha aterrado á don Rodrigo de Santillana, que ha hablado conmigo en medio de un camino, sin que nadie haya podido verlo, nos hubiera servido de intermediario y te hubiera tenido al corriente de lo que me hubiera sucedido.

—No; yo necesito tenerte á mi lado, verte todos los dias, partir contigo el peligro; de otro modo, yo hubiera vivido muriendo.

—No te se ha podido ocultar de tal manera que no se sepa que estás aquí; ha sido necesario que te dejes ver alguna vez, para no excitar con tu retraimiento sospechas; y ha sucedido lo que yo esperaba: tu hermosura ha llamado de tal manera la atencion, que la pastelería está más concurrida que nunca, y ya ha habido por tí músicas y riñas entre los estudiantes.

—Yo no puedo evitarlo, ni creo que por eso puedas tú tener recelo alguno.

—Yo no puedo recelar de tí; pero estas cosas han llamado más y más la atencion de doña Ana de Austria.

—Me pesa esa mujer en el alma, dijo Sayda Mirian.

—Mis propósitos me obligan á engañarla, María.

—Dicen que es muy hermosa.

—¿Y qué importa? Ni es tan hermosa como tú, ni vale para mí lo que tú vales; tú me amas, ya me creas rey, ya me creas aventurero; para tí es igual que yo sea Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastian; tú me amas á mí, no á lo que yo soy.

—¡Oh, sí! Yo te amaria del mismo modo, aunque mañana supiese que eras el hijo de un verdugo.

—Pues bien; si mañana llegase á convencerse doña

Ana de que yo era Gabriel de Espinosa, el pastelero de Madrigal, se avergonzaria aun de haber hablado conmigo; es orgullosa con el insoportable orgullo de los de la casa de Austria, que pretenden descender directamente de Dios, no como los demás hombres por medio de Adan, sino de una manera privilegiada, y basta con que se la contradiga, para que aunque no tenga razon se irrite; pero tu vas á verla y juzgarás mejor de ella por lo que en ella veas, que por todo lo que yo te diga.

—¡Que voy yo á verla! dijo palideciendo densamente Sayda Mirian.

—Es necesario; me he escusado ya tanto, que el continuar excusándome, seria causar sospechas que deben evitarse de todo punto, porque una sospecha podria causarnos desgracias incalculables; vé ahí por qué te he dicho que ha sido una imprudencia tu venida á Madrigal.

—Iré á ver á esa mujer, dijo con acento de triste resignacion la sultana. ¿Y cuándo?

—En el momento, Maria; como que he venido contando con que comprenderias la necesidad de ceder á los caprichos de doña Ana y me seguirias.

Sayda Mirian se levantó, tomó una toquilla, se la puso con suma gracia sobre los magníficos cabellos, tomó en sus brazos á su hija, la acarició, y dijo á Gabriel:

—Estoy pronta.

Gabriel sintió una sensacion amarga en el alma, al comprender hasta dónde llegaba la abnegacion del amor de Mirian, y salió de la estancia en silencio, seguido por ella.

## III.

Era ya por la tarde; á aquella hora solia salir Mirian con su hija á pasear por el campo.

Los estudiantes lo sabian, y á aquella hora, con la esperanza de verla, llenaban la pasteleria.

Gil Lopez estaba de enhorabuena, porque á causa de Mirian, á quien él como todos creia simplemente nodriza de la hija de Gabriel y de una gran señora, hacia una gran venta de pasteles.

## IV.

Cuando Sayda Mirian cruzó esbelta, gentil, hermosísima, el despacho de la pasteleria, los estudiantes todos, como gente que nada teme y que nada respeta, á pesar de que iba con Gabriel, la saludaron ruidosamente, y se cruzaron de todas partes las galanterias y los requiebros.

Gabriel pasó sério y grave, y Sayda Mirian modesta é indiferente.

## V.

Cuando llegaron al convento, Gabriel se hizo anunciar á doña Ana, é inmediatamente fué recibido.

Mirian se vió obligada á pasar por una nueva humillacion; porque cumpliendo con la etiqueta, se quedó esperando en la antecámara. Pero apenas Gabriel dijo á

doña Ana que allí estaba su hija con su nodriza, doña Ana, que por instintos tenía celos de Sayda Mirian, y ansiaba conocerla, sirviéndola de pretesto la hija de Gabriel, hizo entrar á Sayda Mirian.

## VI.

Sayda Mirian estaba prevenida; tenía un gran dominio sobre sí misma, y aunque su alma se conmovió de terror y de celos á la vista de la hermosura y de la altivez de doña Ana, y del riquísimo traje que vestía, su semblante permaneció sereno y tranquilo sin dejar conocer la más leve conmocion.

Doña Ana, por el contrario, se inmutó; nunca había visto una hermosura tan resplandeciente, tan magnífica, tan rica, tan pura, tan embriagadora como la de Sayda Mirian; nunca unos ojos tan grandes, tan negros, tan hermosos, tan dulces, tan llenos de vida, y de una vida que parecía consagrada solo al amor, como los de Sayda Mirian. Nunca una actitud tan noble, tan bella, tan fácil, tan encantadora; el traje de la sultana era pobre, sencillo, como el de una aldeana de Castilla; pero sobre Sayda Mirian adquiría aquel traje una belleza y una elegancia infinitas, que hacían que no se notase la falta de la riqueza.

Sayda Mirian, además, había conservado, por un privilegio de su maravillosa hermosura, tal fuerza de juventud, que á pesar de que ya contaba treinta y cuatro años, parecía una jóven de veinte y cuatro; una de esas jóvenes reflexivas y pensadoras que por su expresion triste

y melancólica parecen hermosas cuando no son más que bellas, y se hacen irresistibles cuando como Sayda Mirian son verdaderamente hermosas.

## VII.

Doña Ana de Austria se sintió humillada, como mujer, delante de Sayda Mirian.

Las dos hermanas, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, causaban en gran parte el despecho de doña Ana, porque miraban de una manera franca, con el asombro de la envidia, á Sayda Mirian.

Ésta se había detenido á alguna distancia de doña Ana con su hija en los brazos, y había saludado profundamente y en silencio á doña Ana, que la miraba sin ocultar su asombro, y dejando ver una expresion de celoso despecho que duró un solo momento, pero que se dejó conocer de todos, esto es, de Gabriel de Espinosa, del padre fray Miguel de los Santos y de las dos hermanas doña Luisa y doña María, que eran las únicas personas que estaban allí presentes.

## VIII.

Gabriel había temido esto, y por esto había procurado evitar en cuanto le había sido posible el que Sayda Mirian y doña Ana de Austria se viesen.

Pero no había creído nunca, ni que doña Ana sufriese una impresion tan terrible al ver á Sayda Mirian, ni que Sayda Mirian resistiese con tanta naturalidad y de una manera tan impasible, la vista de doña Ana.

## IX.

Para Gabriel de Espinosa, aquel momento fué decisivo en favor de Sayda Mirian.

Gabriel de Espinosa no podia olvidarse de lo que Sayda Mirian habia sido, de lo que era, de los sacrificios que por él habia arrostrado, del inmenso amor que reducía á Sayda Mirian á la triste y dolorosa situacion en que en aquel momento se encontraba.

Gabriel de Espinosa sabia cuánto le amaba Sayda Mirian; pero nunca hubiera creído que aquel amor hubiese resistido á tal prueba.

Sayda Mirian estaba allí, como si nada absolutamente le hubiera importado que Gabriel de Espinosa amase ó no á otra mujer, como si solo hubiera sido la nodriza.

## X.

Y de tal manera, con tal fuerza de voluntad sostuvo Sayda Mirian esta ficcion, que doña Ana dejó de sufrir, porque dejó de estar celosa, y se acercó sonriendo á Sayda Mirian, y la tomó de los brazos la pequeña Gabriela.

Afortunadamente, la niña se parecia de una manera completa á Gabriel de Espinosa, y solo tenia de Sayda Mirian la pureza de las formas y lo fuerte de la hermosura.

Pareció como que Gabriela comprendió por instinto la situacion, y rechazando á doña Ana, se volvió á Say-

da Mirian, y ocultó su pequeño semblante en el seno de su madre, lo que contrarió fuertemente la irreflexiva altivez austriaca de doña Ana.

Sayda Mirian sintió en su alma una alegría infinita, que no salió, sin embargo, á su semblante.

—Perdonad, señora, dijo Sayda Mirian; pero los niños no saben lo que hacen; no os conoce, y por lo mismo os extraña; cuando os vea algunas veces más, será completamente distinto; porque mi Gabriela es excesivamente cariñosa.

Sayda Mirian pronunció aquel *mi Gabriela* de una manera ardiente, lo que nada tenia de extraño, porque hay nodrizas que aman á los niños que crían como si fueran sus madres.

Pero el movimiento natural de la pequeña Gabriela, ofendió de una manera grave la exagerada altivez de doña Ana, que prescindió desde aquel momento de la niña, la tomó una especie de odio, y para disimular dirigió la palabra á Sayda Mirian:

—Vos no sois española, la dijo, notando el acento visiblemente extranjero de Sayda Mirian.

—No señora, contestó ésta, no soy española.

—¿Y de dónde sois? preguntó doña Ana, á quien empezaba á mortificar de una manera grave Sayda Mirian.

Sayda Mirian, que estaba ya prevenida, contestó:

—Soy de la isla de Malta.

—¿Y de buena familia?

—¡Oh! Sí señora; de la mejor familia de la isla.

—Y sin embargo, sois nodriza.

—La madre de esta criatura es tal, que bien puede ser una reina nodriza de su hija.

Dijo Sayda Mirian estas palabras con tal altivez, que doña Ana de Austria tuvo que hacer un violento esfuerzo para ocultar su irritacion.

—No os pregunto ni vuestro nombre, ni el de la madre de esa niña, porque segun creo son un misterio.

—Que puede aclarar si quiere el señor Gabriel de Espinosa, dijo Sayda Mirian sin dar la menor intencion á estas palabras, y con gran naturalidad.

—Señor Gabriel de Espinosa, dijo doña Ana de Austria; os doy las gracias porque me habeis dejado conocer vuestra hermosa hija y su hermosísima nodriza.

—¿Sois casada? dijo doña Ana dirigiendo la palabra á Sayda Mirian.

—¡Oh! Si señora, dijo la sultana poniéndose vivamente encendida; si yo no fuera casada, no criaria á Gabriela; esto seria de todo punto imposible.

—¿Y vuestro marido, es persona principal?

—Tan bueno, como el mejor entre los mejores.

—¿Y consiente vuestro marido que esteis en Madrigal?

—Yo, señora, no hago nada, no me atreveria á hacer nada sin su consentimiento.

—¿Sabeis á qué ha venido á Madrigal el señor Gabriel de Espinosa?

Mirian miró naturalmente á Gabriel porque no sabia qué contestar. Gabriel dijo:

—Lo sabe; sabe como lo sabeis vos, señora, que yo soy el rey de Portugal.

—Por eso sin duda, la madre de vuestra hija, que debe tener una gran confianza en esta dama, ha querido que ella os acompañe, para que sea testigo de vuestras acciones; porque sin duda que vos, primo, cumpliendo con vuestro deber, os casareis con la madre de vuestra hija,

—Eso no puede ser, señora, dijo Sayda Mirian, porque hace mucho tiempo, ha más de diez y seis años, que la madre de Gabriela es la esposa de un rey.

—¡Ah! La madre de Gabriela es una reina.

—Nieta de reyes, y descendiente de uno de los más grandes conquistadores y legisladores del mundo; por eso, pues, nada tiene de extraño que yo crie á Gabriela, y que acompañe al rey don Sebastian con un nombre supuesto; por eso, señora, no es posible que su majestad el rey don Sebastian se case con quien hace ya muchos años es esposa de un gran rey.

Doña Ana se tranquilizó. Sus recelos habian desaparecido.

Dada la situacion de Gabriel de Espinosa, á quien ella creia el rey don Sebastian, todo aquello era verosímil. Doña Ana, pues, se desarmó; logróse que Gabriela se dejase tomar en brazos por doña Ana, la hizo ésta algunos regalillos, y Sayda Mirian, Gabriela y Gabriel de Espinosa se volvieron á la pastelería.

## XI.

Apenas estuvieron solos, Sayda Mirian rompió á llorar.

—¡Oh! ¡Cuánto he sufrido! ¡Cuánto! exclamó.

—Yo en cambio he gozado, he sido feliz, dijo Gabriel de Espinosa; yo no sabia cuánto me amabas, cuánto era capaz tu amor de hacer por mí. ¡Oh! Tienes razon, María; la madre de Gabriela no puede casarse, porque está ya casada, y casada con un rey.

—Sí, pero ese rey la ha repudiado; el Papa ha disuelto su matrimonio con él.

Gabriel de Espinosa fué á un arca, la abrió, buscó entre algunos papeles uno, y vino con él junto á Sayda Mirian.

—Mira, la dijo; este es el Breve pontificio, por el cual Clemente VIII ha disuelto nuestro matrimonio; míralo, léelo.

—¿Y para qué?

—En el momento en que lo hayas leído, voy á romperle.

Mirian tomó el papel, y á pesar de que estaba escrito en latin, comprendió claramente por algunas frases y por su nombre y por el de Gabriel, que constaban en aquel escrito, que aquel escrito era el Breve de anulacion de su matrimonio.

Luego le entregó á Gabriel, y éste le rompió en pedacitos.

Mirian se arrojó delirante en los brazos de Gabriel.

## XII.

Gabriel de Espinosa se sentia mejor.

Obraba con arreglo á su conciencia, y esto hacia su vida más fácil.

Es verdad que engañaba á doña Ana de Austria, que gracias al talento y al valor de Sayda Mirian, habia perdido todo el recelo, y se adormia confiada en los amores de su rey don Sebastian.

Pero Gabriel decia cuando pensaba en esto:

—Si llego al trono de Portugal, porque al fin la fortuna me sonrie, porque solo falta la venida del duque de Coimbra, del marqués de Almeida y del conde de Novoa, que verán en mí, de seguro, á su rey, y que irán á decir al reino que don Sebastian no ha muerto y á sublevarlo en su nombre, nada habrá perdido doña Ana de Austria: me la llevaré conmigo, se encontrará libre, la declararé infanta de Portugal, y se conformará con esto y con casarse con algun príncipe ó rey, que no faltará alguno, que siendo ella quien es y tan hermosa, quiera tomarla por mujer; y yo, haciendo reina de Portugal á mi María, habré cumplido con Dios, con el mundo y con mi conciencia.